

## INTRODUCCIÓN

Esta obra, cuya reproducción facsimilar aquí se ofrece, incluye el más antiguo texto impreso acerca de la Universidad de México. Escrito muy poco después de que ella inaugurara solemnemente sus cursos el día 3 de junio de 1553, proporciona noticias sobre sus varias cátedras y quienes las tuvieron a su cargo. El autor de dicho texto fue el humanista, oriundo de Toledo, Francisco Cervantes de Salazar. Seguidor del célebre Juan Luis Vives, lo imitó presentando su descripción de la recién creada universidad en forma de un diálogo en latín sostenido entre dos personas, un forastero de apellido Gutiérrez y un antiguo vecino de la ciudad llamado Mesa.

Este diálogo y dos más, también en latín, uno sobre el interior de la ciudad de México y otro acerca de sus alrededores, fueron publicados por Juan Pablos, primer impresor en la Nueva España. Aparecieron ellos con su propia portada pero precedidos por otros cuatro diálogos, también en latín, redactados antes en España, por el mismo Cervantes de Salazar. En páginas anteriores del mismo libro incluyó él varios diálogos de Vives con comentarios suyos. Como para poner de relieve la importancia que concedía a los tres diálogos escritos en México, distinguiéndolos de todo lo demás incluido en el libro, el impresor, de acuerdo probablemente con Cervantes, les antepuso la mencionada portada especial. Según puede verse en esta edición facsimilar, en dicha portada particular de los tres diálogos sobre la Universidad y la ciudad de México, se lee:

*Francisci Cervantis Salazari, Toletani,  
ad Ludovici Vivis, Valentini, exercitationem,  
aliquot Dialogi. 1554*

Traduciendo libremente al castellano dicho título, encontramos que significa:

“Algunos diálogos de Francisco Cervantes de Salazar,  
toledano, añadidos a los de Luis Vives, valenciano”

La presente edición facsimilar del único ejemplar que se conoce de esta obra, preservado en la Biblioteca de la Universidad de Texas, en Austin, sale a la luz en la conmemoración de los 450 años de la expedición de la real cédula que dio origen a la Universidad de México.<sup>1</sup> La edición va acompañada de la versión castellana de los tres diálogos debida a don Joaquín García Icazbalceta.<sup>2</sup> Además, en estas páginas de introducción recordaré lo más sobresaliente en la vida de Francisco Cervantes de Salazar. De modo especial atenderé a su estrecha vinculación con la Universidad de México. Objeto de consideración serán asimismo las obras que escribió y publicó, en particular sus tres diálogos sobre la Universidad y la ciudad de México y sus alrededores.

*Antecedentes y prestigio de Cervantes de Salazar*

En el mismo año de 1551, en que el príncipe Felipe expidió la real cédula que creó la Universidad de México, Francisco Cervantes de Salazar llegó a la capital novohispana. ¿Fue esto fortuita coincidencia? O más bien pudo deberse a que el virrey don Luis de Velasco o el arzobispo Alonso de Montúfar hubieran propiciado la venida de Cervantes pensando en él como en un buen candidato para maestro en la universidad que estaba a punto de fundarse.

El hecho de que pudiera ser tenido como tal candidato nos lleva a recordar quién era para ese entonces Francisco Cervantes de Salazar.

<sup>1</sup> Ese único ejemplar de esta obra de Cervantes había sido propiedad de don José María de Andrade y, más tarde, de don Joaquín García Icazbalceta, quien tradujo y publicó los tres diálogos que Cervantes compuso en México: *México en 1554. Tres diálogos latinos que Francisco Cervantes de Salazar escribió e imprimió en México en dicho año*, México, Antigua Librería de Andrade, 1875.

La Universidad de Texas, en homenaje a la de México en el cuarto centenario de su fundación, publicó en 1953 un facsimile de los diálogos escritos por Cervantes bajo el título de *Life in the Imperial and Loyal City of Mexico in the New World as Described in the Dialogues for the Study of the Latin Language prepared by Francisco Cervantes de Salazar with an Introduction and notes by Carlos E. Castañeda*, Austin, University of Texas Press, 1953. De esta edición procede la presente reproducción facsimilar.

<sup>2</sup> Joaquín García Icazbalceta, *México en 1554. Tres diálogos latinos que Francisco Cervantes de Salazar escribió e imprimió en México en dicho año*, México, Antigua Librería de Andrade y Morales, 1875.

Se sabía que había nacido en Toledo, aunque sin conocerse año, mes y día. Como probable podía tenerse, por los cargos que había ejercido y las obras que había publicado, que tuviera al llegar a México cerca de cuarenta años. Según esto, su nacimiento podría situarse hacia 1512.

La fama de que gozaba ya don Francisco se debía a varios hechos. Uno era su grande proficiencia en la lengua latina, que escribía y hablaba no sólo con suma corrección sino con notable elegancia. De él se decía que era seguidor de Juan Luis Vives. Una obra de éste había traducido del latín y publicado, la *Introductio ad veram sapientiam*, bajo el título de *Introducción para ser sabio*, aparecida en Sevilla en 1544. En un viaje a Bélgica que había realizado Cervantes de Salazar en 1539 probablemente había tratado personalmente a Vives. De ello parece dar testimonio cuando, al publicar sus diálogos —en la biografía compendiada de Juan Luis Vives que allí incluyó— expresa que, “por complacerme, repasaba de memoria los nombres de emperadores, cónsules, censores y pretores...”

A Juan Luis Vives volvería de nuevo su atención años más tarde, ya en México. Ello ocurrió al preparar la edición con comentarios de los diálogos o coloquios que Vives había sacado a luz. En ese libro, impreso por el célebre Juan Pablos en 1554, como ya lo señalé, incluyó otros diálogos que el mismo Cervantes había escrito en España y los tres que aquí se publican en edición facsimilar y en la traducción que de ellos hizo don Joaquín García Icazbalceta.

La fama de Cervantes de Salazar se había acrecentado por su buen desempeño como secretario latino del cardenal fray García de Loaysa, que había sido ministro general de la orden de Santo Domingo, obispo de Osma y de Sigüenza, arzobispo de Sevilla y presidente del Consejo de Indias. Notable latinista, a don Francisco se debían ya varias elegantes epístolas en la lengua de Roma.

También se sabe que había conocido a Hernán Cortés hacia mediados de los años cuarenta. Su prestigio continuó en aumento con la publicación de las que intituló *Obras que Francisco Cervantes de Salazar ha hecho, glosado y traducido* [...], en Alcalá de Henares, 1546. En ese libro, integrado por tres tratados, transcribe, adiciona y comenta aportaciones del protonotario Luis Mejía, del maestro Hernán Pérez de Oliva y de Juan Luis Vives. Cada uno de los tres tratados lleva un prólogo de humanistas bien conocidos. El primero es de quien había sido su maestro de latín, don Alejo de Venegas; el segundo es de Ambrosio de Morales y el tercero de Juan de Brocar.

Un último quehacer tuvo a su cargo don Francisco en España antes de viajar a México. Fue éste el de catedrático de retórica en la Universidad de Osuna en 1550, aunque por breve tiempo pues, como ya se dijo, viajó a México en 1551. Según él mismo lo notó en un memorial al rey, del 29 de mayo de 1567, llevaba entonces dieciséis años de estancia en la Nueva España.

Ya en la ciudad de México, se estableció en casa de su primo, el próspero minero Alfonso de Villaseca, al que apodaban *el Rico*. Era éste hombre generoso que, entre otras muchas cosas, dio fondos para una cátedra de Sagrada Escritura en la Universidad de México, así como para el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de los jesuitas.

Al parecer, don Francisco vivió cerca de cuatro años gracias a la generosidad de su primo y también con lo que percibía como maestro de latín dando clases de dicha lengua en una escuela particular. A partir de 1553, iba a iniciarse su estrecha vinculación, que fue permanente, con la Universidad.

### *Cervantes de Salazar y la Universidad de México*

Si la Universidad fue fundada por real cédula del 21 de septiembre de 1551, no inauguró ella sus actividades sino hasta el 3 de junio de 1553. En tal día tuvo lugar un solemne acto al que concurrió lo más granado de las autoridades reales y religiosas, así como otros muchos personajes, entre ellos quienes iban a ser los primeros catedráticos de la nueva institución. Al historiador y universitario don Alberto María Carreño debemos una reconstrucción imaginada, aunque documentalmente bien fundada, de lo que fue la dicha ceremonia. Entresaco algunas líneas de lo que acerca de ello escribié:

Es el sábado 3 de junio de 1553. El, para aquellos días, imponente edificio de las escuelas muestra singular animación [...]. En amigable bullicio se mezclan hombres de madura edad y algunos ancianos con otros jóvenes y llenos de alegría [...].

De pronto se hace silencio, los concurrentes se colocan en dos filas para dejar paso al cortejo que encabeza un bedel que lleva brillante maza de plata. Siguen quienes van a constituir el claustro de maestros y doctores; luego el cabildo de la catedral metropolitana

y los alcaldes y regidores de la ciudad, a continuación los oidores de la Real Audiencia y, por último, el presidente de ésta, el virrey y capitán general de la Nueva España, don Luis de Velasco.

Penetran en el General de Actos; sobre una plataforma se ha colocado el sitio para el virrey y para toda la Audiencia y, cuando la Ciudad o Ayuntamiento, el Claustro Universitario y el cabildo eclesiástico se han acomodado en sus respectivos asientos, se levanta el rector temporal, doctor Antonio Rodríguez de Quesada, que también es oidor, para pedir la venia del virrey a fin de dar principio a la ceremonia.

Concedida, se levanta de entre los miembros del Claustro un caballero de alrededor de cuarenta años, antiguo catedrático de retórica en la Universidad de Osuna, cátedra que iba a desempeñar en esta nueva [...]. Es Francisco Cervantes de Salazar.

Asciende con desparpajo a la tribuna, y en una oración latina que acredita la fama con que ha llegado a estas tierras, pone de manifiesto la transcendencia del acto que significa que la capital de la Nueva España no necesitará enviar a sus moradores, ávidos de ciencia y de saber, para adquirirlos en las universidades europeas. La visión de Felipe II había hecho realidad las ambiciones del obispo Zumárraga y de sus procuradores, las del provincial y un grupo de religiosos dominicos, las del propio virrey Mendoza [...].<sup>3</sup>

La Universidad inició sus cursos dos días más tarde, el lunes 5 de junio de 1553. Poco después, el 12 de julio de ese año, don Francisco dio principio a su cátedra de retórica, la misma que había impartido en la Universidad de Osuna. Su sueldo fue de ciento cincuenta pesos de minas cada año.

Los registros universitarios dan cuenta de los varios nombramientos que se fueron haciendo. De los mismos habla pormenorizadamente el bachiller don Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaén en su *Crónica de la Real y Insigne Universidad de México, de la Nueva España*.<sup>4</sup> Y, conviene subrayarlo, de esto mismo trata Cervantes de Salazar en el primero de los diálogos latinos que escribió en México y publicó en fecha tan temprana como fue la de 1554.

<sup>3</sup> Alberto María Carreño, *La Real y Pontificia Universidad de México, 1536-1865*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961, p. 41-42.

<sup>4</sup> Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaén, *Crónica de la Real y Insigne Universidad de México*, editada por Nicolás Rangel, México, 1931.

Tema de ese diálogo es precisamente la Universidad, que un año antes había abierto sus puertas. En él, tras ponderar la importancia de su establecimiento, el interlocutor Mesa informa a Gutiérrez, el otro participante en el diálogo, acerca de las varias aulas y las materias que en ellas se enseñan. Esto lo lleva a mencionar los nombres de los varios catedráticos y de sus respectivos méritos.

Por cierto que allí don Francisco hace decir a Mesa: “Pero subamos que allá arriba están las demás cátedras. La que se ve a la derecha está destinada a la lección de Sagrada Teología y en ella, de dos a tres, el maestro Cervantes enseña retórica a los aficionados a la elocuencia, que vienen a oírlo, y a los estudiantes de las demás facultades para que realce el mérito de todas”. A lo cual respondió Gutiérrez: “Este Cervantes, si no me engaño, es el que también fue catedrático de retórica en la Universidad de Osuna”.

En otros dos lugares de este mismo diálogo los interlocutores se refieren al mismo Cervantes. En uno dicen que él había recibido en la Universidad de Salamanca “el primer grado en sagrados cánones”. En otro se afirma de él que “era muy versado en letras griegas y latinas”.

Como en el primer diálogo de don Francisco se va mencionando a cada uno de los varios catedráticos, es innecesario tratar aquí de ellos. En cambio, es pertinente proseguir en la recordación de los vínculos que siguió manteniendo él con la Universidad. No descuidándose de poner de relieve sus méritos de latinista, en el tercero de sus diálogos, en el que trata de los alrededores de la ciudad de México, habla de una inscripción colocada en la entrada al bosque de Chapultepec. En ella se leía en elegante latín:

Don Luis de Velasco  
virrey de esta Nueva España  
dedica a su soberano  
este bosque,  
lugar de recreo público,  
hermoso por su frondosidad  
y fábrica

En el diálogo pregunta allí Alfaro, el visitante, a su interlocutor Zuazo: “Tiene sabor antiguo, y lo mejor es que dice la verdad. ¿Quién lo compuso?” A lo cual responde Suazo: “Según he sabido, Cervantes Salazar, uno de nuestros profesores que, en cuanto puede, procura que

los jóvenes mexicanos salgan eruditos y elocuentes, para que nuestra ilustre tierra no quede en la oscuridad por falta de escritores de que hasta ahora había carecido.” Comentario elogioso del recién llegado Alfaro fue este para Cervantes: “Mucho debéis al que procura lo principal de todo, que es libraros de quedar sepultados en el olvido.”

Los registros universitarios dan fe de diversas actuaciones de don Francisco. Así, el 21 de julio del mismo 1553 lo encontramos participando en el otorgamiento de grado a fray Alonso de la Veracruz. Un acto de vejamen o crítica de un examinando de nombre Pero López le correspondió realizar el 31 de agosto. Y poco después, sucesivamente, obtuvo el mismo Cervantes los grados de licenciado y maestro en artes. A su vez, el propio don Francisco, refiriéndose a sí mismo en el diálogo acerca de la Universidad, declara que se le había reconocido también el grado de bachiller en cánones por sus estudios sobre esta materia en la Universidad de Salamanca.

Acontecimiento muy importante en su vida, ya que le sería de mucho provecho aun económico, fue el de su ordenamiento como sacerdote hacia fines de 1554, es decir, al tiempo en que aparecieron publicados los diálogos latinos que aquí se reproducen.

Indicio del respeto que despertaba don Francisco en otros maestros universitarios es que fray Alonso de la Veracruz le solicitara sendas epístolas que se incluyeron al principio de dos de sus más importantes obras, la *Dialectica Resolutio* (1554) y el *Speculum Conjugiorum* (1557). Otro testimonio del reconocimiento de que era objeto lo tenemos en el encargo que recibió del virrey don Luis de Velasco de preparar una obra en que se describiera puntualmente el túmulo que erigió la ciudad de México en las exequias que se celebraron con motivo de la muerte del emperador Carlos V, en 1558. Cervantes cumplió con el encargo. Fruto de ello fue la publicación del texto que dispuso con el título de *Túmulo imperial de la gran ciudad de México*, sacado a luz por Antonio de Espinosa en 1560.

### *Cervantes, cronista de la ciudad de México*

Nuevo encargo, que no lo apartó de sus quehaceres universitarios, recibió por entonces don Francisco. Consta en las actas del Cabildo del Ayuntamiento —24 de enero de 1558— que se solicitó ese día al rey el nombramiento de Cervantes para fungir como cronista en la

Nueva España. Literalmente se expresó que debían adjudicársele 200 pesos de oro común, anuales, para que pueda ocuparse del libro que ya ha empezado “en que funda el derecho y justo título que Su Magestad tiene a esta Nueva España e Indias del Mar Océano, y la historia general de este Nuevo Mundo.”<sup>5</sup>

La investigación para realizar dicha obra y la redacción de la misma se demoró varios años, según consta en otras actas del mismo Cabildo. Resultado fue a la postre la que hoy se conoce como *Crónica de la Nueva España*, que no fue publicada en vida del autor ni tampoco durante muy largo tiempo. Al fin, y tras agria disputa con la señora Zelia Nuttall, que decía haberla descubierto en la Biblioteca Nacional de España, correspondió a don Francisco del Paso y Troncoso el mérito de sacarla a luz en tres volúmenes.<sup>6</sup>

### *Los último años de vida*

Al tiempo en que Cervantes tenía ya bastante avanzada la redacción de su *Crónica*, alcanzó una canonjía en la catedral metropolitana. Infatigable en su obtención de grados y beneficios, logró don Francisco que la Universidad le otorgara en 1566 el de licenciado en teología. Tras haber hecho una apelación, se le concedió poco después el doctorado en la misma disciplina.

Paradójicamente, en tanto que en noviembre de 1566 había sido multado por faltista a sus clases, al año siguiente fue electo rector de la Universidad. Concluido su ejercicio, se propuso entonces conseguir se le concediera un solio episcopal, cosa que no logró.

Ya por entonces Cervantes, que tenía cerca de sesenta años, comenzó a padecer varios achaques que le impidieron atender a sus obligaciones como rector de la Universidad. Continuó, sin embargo, dando muestras de su ingenio, como lo deja ver, entre otras cosas, la epístola latina que escribió en elogio del virrey don Martín Enríquez al comienzo del libro *Opera medicinalia* del doctor Francisco Bravo, publicada en México por Pedro Ocharte en 1570.

<sup>5</sup> *Guía de las Actas de Cabildo de la ciudad de México, siglo XVI*, edición de Edmundo O’Gorman con la colaboración del cronista de la ciudad Salvador Novo, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 337.

<sup>6</sup> Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, 3 v., Papeles de Nueva España compilados y publicados por Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, 1914 y México, 1936.

Así y todo, Cervantes volvió a ser electo como rector de la Universidad a principios de noviembre de 1572. Concluido su periodo, todavía hubo de ocuparse de otros encargos. Uno fue el de consultor del Santo Oficio de la Inquisición, con el que había estado ya antes vinculado. Otro fue el de examinador de quienes eran propuestos para diversos cargos eclesiásticos.

Hay constancia de que don Francisco se mantuvo en estrecha relación con la Universidad hasta muy poco antes de su muerte, a pesar de hallarse cada día más enfermo. Acerca de lo que fue su vida y actividad en México, ya hemos visto que fue apreciado por varones como el célebre jurista fray Alonso de la Veracruz y el virrey don Luis de Velasco. El hecho de que se le encargara el discurso inaugural al establecerse la Universidad, se le concedieran varios grados académicos en ella y se le eligiera dos veces como su rector, son testimonios fehacientes de su prestigio.

Sin embargo, como es cosa muy difícil si no es que imposible dar gusto a todos, puede recordarse, en contraparte, que no debió simpatizar al tercer arzobispo de México, don Pedro Moya de Contreras. Éste, en una información que remitió a Felipe II sobre su clero diocesano, se expresó muy adversamente acerca de Cervantes. Entre otras cosas dijo de él que “es amigo de que lo oigan y alaben [...]. Es liviano y mudable y no está bien acreditado de honesto y de casto, y es ambicioso de honra y persuádesese que ha de ser obispo, sobre lo cual le han hecho algunas burlas [...]. No es nada eclesiástico, ni hombre para recomendarle nada.”<sup>7</sup>

Quien así fue juzgado por el arzobispo de México y, en cambio, alabado y honrado por no pocos, como humanista, escritor, maestro y universitario, indudablemente dejó honda huella en México. Gracias a él podemos conocer lo que fue la Universidad en sus comienzos; también cómo eran la capital y sus alrededores hacia mediados del siglo XVI; igualmente la forma de celebración de las exequias de un monarca y asimismo no pocas noticias, por otros no aportadas, acerca de la conquista de México y la vida de los indios, antes y después de ella.

Francisco Cervantes de Salazar, el humanista toledano que pasó cerca de veinticinco años de vida fecunda en México, murió en la ciudad capital el 14 de noviembre de 1575.

<sup>7</sup> Citado por Joaquín García Icazbalceta en “Cervantes de Salazar”, *Diccionario de historia y de geografía*, México, 1854, t. II p. 305 y siguientes. Reproducido en Joaquín García Icazbalceta, *Biografías*, México, Editorial Porrúa, 1998, p. 139.

### *Los tres diálogos escritos en México*

Mucho importa tener presente cuál fue el propósito con el que don Francisco escribió sus diálogos latinos, tanto los cuatro que preparó en España como los tres que redactó en México. Al igual que el sabio Juan Luis Vives, a quien tanto admiraba, tuvo sobre todo en mente ofrecerlos a los estudiantes de lengua y gramática latinas como asequibles materiales de lectura. Precisamente por ello en el título que dio a la portada que antecede a los tres escritos en México incluyó en latín la expresión *ad Ludovici Vivis, Valentini, exercitationem*, “a la ejercitación de Luis Vives, valenciano”. Con la palabra *exercitatio*, se significaron las prácticas o ejercitaciones en el aprendizaje y lectura de textos en latín.

Ahora bien, tanto en el caso de Juan Luis Vives como en el de don Francisco, los diálogos escritos por ellos fueron en realidad mucho más que meros materiales para la docencia. Si en los del humanista valenciano se transmitió su sabiduría en elegante expresión, en los del toledano Cervantes, también con cuidadoso estilo, se hizo valiosa aportación histórica. Gracias al primer diálogo que escribió en México podemos conocer cómo era la recién creada Universidad, cuáles eran sus cátedras y maestros. Los otros dos diálogos son asimismo testimonios dignos de suma atención que dejan ver algo de lo que eran la ciudad de México y sus alrededores hacia 1554.

### *El diálogo sobre la Universidad*

Del primer diálogo, sostenido por Gutiérrez, el recién llegado a la Nueva España, con Mesa, el vecindado ya en ella, cabe decir que nos da lo que tal vez ninguna otra universidad posee: un testimonio lleno de vida acerca de ella, a un año de su creación. El diálogo comienza con una descripción del edificio y la aulas de la nueva universidad. Pero el humanista Cervantes no se circunscribe a meras descripciones. Aquí y allá, los interlocutores expresan pertinentes reflexiones. Un buen ejemplo lo tenemos cuando Gutiérrez, el forastero, parece sorprenderse de oír que en México se presta atención “a Minerva y a las Musas”, y comenta: “En tierra donde la codicia impera, ¿queda acaso algún lugar para la sabiduría?”

A tal pregunta, que implica duro juicio sobre la situación social prevalente en la Nueva España, la respuesta de Mesa es contundente: “Venció la que vale y puede más”, es decir, la sabiduría. Tal respuesta mereció luego el siguiente comentario de Gutiérrez: “Sí [venció la que vale más, la sabiduría] en aquellos que estiman las cosas en lo que realmente valen, y no toman las viles por preciosas ni al contrario.”

Tema que hasta hoy tiene plena vigencia es el que se toca luego en el diálogo acerca de las percepciones económicas de los maestros. Con buen tino insiste Mesa en que sus sueldos deben incrementarse para que los catedráticos sólo se ocupen de su profesión de maestros.

El diálogo da entrada a preguntas y respuestas sobre los horarios de las clases y, con bastante detenimiento, acerca de los merecimientos y prestigio de los maestros, cuyos nombres y especialidades se dan a conocer. Por ejemplo, del maestro de gramática Blas Bustamante se dice que es muy experimentado, “explica con cuidado los autores y desata las dificultades”. De fray Alonso de la Veracruz, el gran teólogo, jurista y defensor de los derechos de los indios, se nota que “es sujeto de mucha y varia erudición, en quien compite la más alta virtud con la exquisita y admirable doctrina.” A su vez, del doctor Arévalo Sedeño se recuerda que había sido reconocido maestro en la Universidad de Salamanca.

El diálogo toca luego los temas de los debates y discusiones públicas, las obtenciones de grados, las formas de calificar en los exámenes y la necesidad de contar con una buena biblioteca. La conversación se cierra con las palabras del forastero Gutiérrez, que responde a la pregunta de Mesa acerca de cómo es la Universidad de Salamanca. La ponderación que hace Gutiérrez de ésta es cumplido elogio de la Universidad cuyos estatutos rigieron a la recién creada en la Nueva España.

### *El diálogo sobre el interior de la ciudad de México*

Tres son en él los interlocutores, Alfaro, un forastero, y Zuazo y Zamora, vecinos de la ciudad que llevan a pasear por la ciudad al recién llegado. Al decir de García Icazbalceta, parten los tres de la antigua calle de Santa Clara, que así se llamó por la iglesia de tal advocación que se edificó allí más tarde, hacia 1579. En realidad puede decirse que su paseo se inició en la calle de Tacuba, marchando

hacia el oriente, con el propósito de alcanzar la Plaza Mayor, o sea el que hoy llamamos Zócalo.

El recorrido abarcó los siguientes puntos: esquina de Tacuba y Empedradillo, Plaza Mayor, con descripción de sus principales edificios. Cabe notar aquí que el recorrido que hacen los tres personajes interlocutores en el diálogo puede documentarse en forma paralela contemplando y examinando un mapa que se preparó en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, por ese mismo tiempo.<sup>8</sup> Dicho mapa fue enviado por el virrey don Antonio de Mendoza a Carlos V. Por una serie de circunstancias, de las que me he ocupado al editar en facsímile dicho mapa, consta que el mismo fue a parar a Suecia. Actualmente se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Uppsala. Comparar lo que se expresa en el diálogo con lo que se representa en el mapa resulta del mayor interés para asomarse a la gran ciudad de México tal como era a mediados del siglo XVI.

Saliendo de la Plaza Mayor, que ha llamado poderosamente la atención del paseante, pasan cerca del edificio que alojaba a la Universidad, en la calle hoy llamada del Seminario. En su marcha cruzan luego las actuales calles de Guatemala y Argentina, continuando por esta última hasta llegar a la que hoy ostenta el nombre de Belisario Domínguez, lo que les da ocasión de acercarse a donde se levantaban la primitiva iglesia y convento de Santo Domingo. Cuanto dicen y comentan ilumina lo que eran esas calles salpicando aquí y allá de anécdotas mucho de lo que ven en su recorrido.

Prosiguiendo hacia el poniente y pasando frente al convento de la Concepción, llegan a la calle de San Juan de Letrán, hoy parte del Eje Central, es decir, a los límites de la traza original de la ciudad. Avanzan luego hacia el sur describiendo edificios, entre otros lo que era ya el convento de San Francisco.

Dejando el actual Eje Central, van hacia el oriente por la que hoy se llama calle de El Salvador y se encuentran con el primitivo convento de San Agustín. El recorrido concluye con una desviación al sur para torcer luego hacia el norte y avanzar por la actual calle de Pino Suárez, hasta llegar al Hospital de Jesús, punto final del recorrido.

El diálogo no sólo versa sobre cómo son las calles, plazas y edificaciones, sino también acerca de la vida en la ciudad. Así, por

<sup>8</sup> *Mapa de México y sus contornos hacia 1550*, edición de Miguel León-Portilla y Carmen Aguilera, México, Celanese, 1986.

ejemplo, al entrar en la Plaza Mayor, Zuazo describe la muchedumbre de gente que anda en ella a pie y a caballo, al igual que a los diversos artesanos y menestrales que allí están establecidos: carpinteros, herreros, cerrajeros, zapateros, tejedores, barberos, pintores, cinceladores, sastres, biscocheros, pulperos y otros más.

De la misma plaza, Alfaro, el visitante, asevera no haber visto en ambos mundos otra igual y exclama: “¡Dios mío, cuán plana y extensa!, ¡qué alegre!, ¡qué adornada de altos y soberbios edificios!” Los dialogantes se fijan también en lo que ocurre en el palacio virreinal. Allí se encuentran con los agentes de negocios, los litigantes, procuradores, escribanos y alcaldes ordinarios.

La sala del real acuerdo llama particularmente su atención. Contemplan los sitios del virrey, los oidores y el ministro semanero. Enfrente están los del escribano de cámara y los abogados. Avanzando, contemplan la acequia mayor, lo que hace exclamar a Alfaro: “Parece-me ver la misma Venecia”. A esto sigue una alabanza de Hernán Cortés, del que se pondera cómo pudo ganar ciudad tan populosa. En cambio, el mismo Alfaro se duele de que la catedral sea tan pequeña y esté tan pobremente adornada, cual lo estaba en esa primitiva edificación.

Una consideración del forastero merece ser contrastada con lo que hoy es la capital. Expresa él: “Todo México es ciudad, es decir, que no tiene arrabales y toda es bella y hermosa”. Si volviera él con sus amigos ciertamente no diría lo mismo.

La multitud de canoas en los canales y los lagos llama la atención de Alfaro. Le sorprende en particular ver que algunas transportan agua potable, además de la que sirve para el regadío de las huertas. También muestra admiración y hace preguntas al pasar frente al Colegio de San Juan de Letrán, del que se le informa que es para jóvenes mestizos. Zuazo añade que éstos son huérfanos, “nacidos de padre español y madre india”.

La elegancia y grandeza de las edificaciones situadas dentro de la traza de la ciudad contrastan, según lo perciben en su recorrido los paseantes, con “las casuchas de los indios, que son tan humildes y apenas se alzan del suelo.” Viéndolas, dice Alfaro: “Están colocadas sin orden.” Esto lo corrobora el plano de la ciudad, al que he aludido. En él se ven esas casuchas fuera ya de la traza, esparcidas sin orden alguno.

El mercado de San Juan cautiva al forastero. Zuazo le habla de la variedad muy grande de frutos de la tierra que allí se venden y

Alfaro dice que para él sus nombres son muy extraños. A ello responde Zuazo, con acierto, que también “los nuestros” —es decir, los nombres españoles— son muy extraños para los indios. La herbolaria también provoca interés y luego los gusanos que en el mercado se expenden. Alfaro se torna filosófico y manifiesta: “¿Quién habría creído que los gusanos habían de ser alimento de los hombres, cuando éstos, apenas fallecen, sirven de pasto a aquéllos?”

Las descripciones que hace Zamora del maguey y de las tunas, sus atributos y virtudes son en verdad dignas de atención. El forastero no puede dejar entonces de responder: “Cosas increíbles me refieres”. Preguntando luego si hay otros mercados, se le responde que existen los de San Hipólito y de Santiago Tlatelolco. Al mencionar a este último, Zamora alude al colegio que allí se ha abierto “donde los indios aprenden a hablar y escribir en latín. Tienen —añade— un maestro de su propia nación, llamado Antonio Valeriano, en nada inferior a nuestros gramáticos, muy instruido en la fe cristiana y aficionadísimo a la elocuencia”. Fue éste un muy merecido elogio del humanista español Cervantes de Salazar al también gran humanista nahua don Antonio Valeriano, aventajado discípulo de fray Bernardino de Sahagún.

El diálogo se cierra con una referencia a las semillas de cacao empleadas como monedas, una alusión a la solidez y modo de construcción del convento de San Agustín y un reiterado elogio de Hernán Cortés por haber dispuesto la edificación del Hospital de Nuestra Señora, conocido más tarde como de Jesús. En tal contexto, Zamora interrumpe a su interlocutor haciéndole ver que ha llegado la hora de comer. Antes, sin embargo, de pasar a hacerlo, don Francisco, el autor del diálogo pone en boca de Zamora otra alabanza, esta vez de don Alonso de Villaseca, su primo, en cuya casa, según vimos, estaba aposentado. Al concluir el diálogo, Zuazo anuncia que por la tarde volverán a salir juntos para visitar Chapultepec.

### *El diálogo sobre los alrededores de la ciudad de México*

De los tres diálogos latinos que escribió Cervantes de Salazar en México es éste el más breve. Participan en él los mismos interlocutores que en el anterior, es decir, Zamora, Zuazo y el recién llegado Alfaro. El diálogo da principio dejando en claro que han comido

los tres y, según Alfaro, “no en la casa de Zuazo, sino en la de Lúculo y aun en la sala de Apolo.”<sup>9</sup>

Hecha esta ponderación, y otra recordando cuán bien se comía poco después de conquistada México, se ponen en marcha para emprender otro paseo. La idea, dada a conocer por Zamora, es ir a Chapultepec, siguiendo el acueducto que terminaba en el Puente de la Mariscala, es decir, en las inmediaciones de lo que hoy es el Eje Central. Dicho acueducto venía de las avenidas que hoy se nombran Hidalgo, Puente de Alvarado, Rivera de San Cosme y, por el rumbo del sur, por la antigua calzada de La Verónica, hoy de Melchor Ocampo. Tal fue justamente el camino que siguieron Alfaro y sus dos amigos.

A lo largo del diálogo, como en el caso del anterior en su recorrido por el centro de la ciudad, los interlocutores comentan acerca de lo que ven y expresan interesantes reflexiones. Así, al pasar frente a la iglesia de San Hipólito recuerdan que se edificó porque en la fiesta de ese santo se consumó la toma de la ciudad de México por Cortés. Hablan entonces del Paseo del Pendón y describen algo de lo que contemplan en el mercado que tenían los indios en ese lugar.

Se admira luego Alfaro de las magníficas casas de campo y en particular de una que dice Zuazo perteneció a Hernán Cortés. Alfaro vuelve a alabar a éste diciendo: “Nada edificó este heroico varón que no diese a la posteridad amplio testimonio de la grandeza de su ánimo”. Encontrándose ya donde la Calzada de Tacuba tiene a su izquierda la que va a Chapultepec (la antes mencionada de La Verónica), nota Alfaro que, a partir de allí, el acueducto no es ya de bóveda con lumbreras a intervalos, sino que va descubierto. Zamora le responde diciéndole que “recibiendo de lleno y el sol y el aire, camina más purificada el agua” que correrá luego dentro de la bóveda.

Acercándose al cerro de Chapultepec, leen la inscripción latina que he transcrito al ocuparme de la vida de Cervantes de Salazar. El comentario de Alfaro, conviene repetirlo, fue cumplido elogio de nuestro autor. Entran enseguida los tres paseantes al bosque y contemplan el manantial del que brota el agua que corre después

<sup>9</sup> García Icazbalceta dice en este punto que “son famosas las cenas del romano Lúculo, y es sabido que el gasto de ellas se regulaba conforme al aposento en que se servían. La sala de Apolo era la que requería mayor suntuosidad en la cena”. García Icazbalceta, *México en 1554*, p. 300.

por el acueducto. Subiendo hacia la cima del cerro, el diálogo va girando sobre diversos temas. Zamora recuerda que Moctezuma cultivaba allí árboles como en un jardín. Zuazo trae a colación que en lo más alto del cerro había un adoratorio indígena donde se ofrecían víctimas humanas a los dioses de los indios. Alfaró —cabe pensar que las palabras que puso en su boca Cervantes coinciden con lo que él mismo pensaba—, exclama: “¡Cuán gran fortuna ha sido para los indios la venida de los españoles, pues han pasado de aquella desdicha a su actual felicidad, y de la antigua servidumbre a esta verdadera libertad! Y también, ¡mil veces dichoso el soberano en cuyo siglo y en cuyo nombre se conquistó y convirtió a la fe cristiana este Nuevo Mundo...!

Desde lo más alto del monte contemplan lo que describe Alfaró como un espectáculo extraordinario, el de la ciudad con sus grandes edificios, las torres de los templos, las casitas de los indios, “humildes y colocadas sin orden alguno, que hacen veces de suburbios”, todo ello rodeado por las aguas de los lagos y circundado por lomas y montes, unos con sementeras y otros en su estado natural. Pondera Zamora a su visitante los muchos cultivos que prosperan en el campo más allá de la orilla de los lagos, notando que se produce casi todo con excepción de aceite y vino.

Emprendiendo ya el regreso por la que se conoce como Calzada de Chapultepec, por la que corre otro acueducto, el forastero pide que se le informe acerca del clima y naturaleza de la Nueva España y también de la vida y costumbres de los indios. Correspondió a Zuazo proporcionar tales noticias. Discurre así sobre la geografía de la Nueva España, señalando cuáles son sus principales provincias, sus ríos, montes y planicies. En tal contexto cita a un personaje del que se sabía que estaba preparando una obra sobre esta materia, el llamado Juanote Durán.

Acerca de éste, en la actualidad poco o nada recordado, traeré a la memoria lo que escribió el oidor Alonso de Zorita en su *Relación de la Nueva España*. Después de citar en ella a Cervantes de Salazar en sus diálogos ya que “refiere algunas cosas notables de México y de las demás provincias”, añade que todo esto se podía:

ver más largo y mejor por la *Geographia de la Nueva España* de Juanote Durán, gran cosmógrafo, y que presto saldría a luz, pero atajólo la muerte y oí decir al virrey don Luis de Velasco, de buena memoria,

que él la tenía escrita de mano pero no sé que se haya impreso ni la he visto.<sup>10</sup>

Tras la referencia a Juanote Durán, Zuazo prosigue ponderando las riquezas de todo género que encierra la Nueva España. Con una curiosa consideración da fin a su discurso sobre las virtudes de esta tierra. Versa ella acerca de la gran conveniencia de que se conquiste la Florida, de la cual, según lo afirma, podría traerse a México todo lo que en él se necesita.

Sobre el otro punto que interesaba a Alfaro, es decir, las costumbres y vida de los indios, Zuazo hace otra breve relación en la que sobresalen sus palabras acerca del picante o chile, las virtudes del maguey, la forma como hacían la guerra los indígenas, para concluir con el modo como se comunicaban con los ausentes, “no por medio de libros sino de figuras de animales pintados en ciertos papeles, a imitación de los egipcios”. El diálogo llega a su fin notando que la noche impide ya continuar conversando. Los amigos se despiden expresando su deseo de poder proseguir otro día la conversación.

### *Las principales ediciones de los tres diálogos de Cervantes de Salazar*

Correspondió, como ya lo dije, a don Joaquín García Icazbalceta el mérito de haberse fijado, antes que nadie, en la significación que tienen estos diálogos para conocer lo que fue en sus orígenes la Universidad y lo que eran la ciudad de México y sus alrededores a mediados del siglo XVI. Tomando como base el ejemplar impreso en 1554 que poseía de la obra de Cervantes, tradujo al castellano sus diálogos, enriqueciendo su edición con una breve biografía del mismo y pertinentes notas que esclarecen diversos puntos. Esto lo llevó a cabo en la edición que he citado aquí ya varias veces y de la que sólo se publicaron ciento ochenta ejemplares. La ficha completa de dicha edición es la siguiente:

*México en 1554. Tres diálogos latinos que Francisco Cervantes de Salazar escribió e imprimió en México en dicho año.* Los reimprime, con traduc-

<sup>10</sup> Alonso de Zorita, *Relaciones de la Nueva España*, edición de Etelia Ruiz Medrano, et al., México, Conaculta, 1999, p. 286.

ción castellana y notas, Joaquín García Icazbalceta, individuo de número de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; miembro correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia de Madrid, México, Antigua Librería de Andrade y Morales, Portal de Agustinos, núm. 3, 1875.

De esa edición tomó don Victoriano Agüeros el texto de los tres diálogos, las notas de García Icazbalceta y cinco ensayos suyos acerca de “Chapultepec”, “La Universidad de México”, “La antigua ciudad de México”, “La antigua plaza de la ciudad de México” y “La antigua catedral de México”. Todo ello lo incluyó en *Obras de don Joaquín García Icazbalceta*, tomos I, II, IV y VI, aparecidos en 1905 y años siguientes.

Edición más sencilla es la que ofreció don Julio Jiménez Rueda bajo el título de *Francisco Cervantes de Salazar. México en 1554*, con la misma traducción de los tres diálogos de Joaquín García Icazbalceta. Fue incluida en el tercer volumen de la Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1939. En esta edición, a modo de apéndices, se publicaron otros tres trabajos de García Icazbalceta: “Los emolumentos de los profesores de la Real y Pontificia Universidad de México”, “La vieja ciudad de México” y “El Paseo del Pendón”.

Ya he hecho referencia a la edición en inglés que apareció en 1953 publicada por la Universidad de Texas con el facsímil del único ejemplar que se conserva de la edición original, como homenaje en el IV Centenario de la fundación de la Universidad de México.

La más reciente de las ediciones de esta obra de Cervantes, junto con los otros cuatro diálogos que había redactado en España, así como con el texto del *Túmulo Imperial de la Gran Ciudad de México*, se debe a Edmundo O’Gorman con el siguiente título: *Francisco Cervantes de Salazar. México en 1554 y Túmulo Imperial*, edición, prólogo y notas de Edmundo O’Gorman, México, Editorial Porrúa, 1963.

En esta edición O’Gorman incluyó también las traducciones de García Icazbalceta y tomó en cuenta las notas de éste. A ellas añadió otras muchas de considerable interés que hacen de su edición la más completa.

*Referencia bibliográfica*

El opúsculo que aquí se reproduce comprende 47 páginas, recto y vuelto, y la 247 vuelto, que es donde empieza el diálogo sobre la Universidad, precedidas de la portada en latín cuyo texto he transcrito al principio de esta introducción. Dado que estos tres diálogos, según lo he señalado antes, a su vez van precedidos de los otros cuatro que había escrito Cervantes de Salazar en España, el impresor Juan Pablos les antepuso esta portada. La inclusión en la obra completa de los referidos cuatro diálogos explica que la foliación de los que aquí se reproducen se inicie en el folio 228 recto y continúe en el 247 vuelto.

Como puede verse por el tamaño del facsímile, es éste un libro en octavo. En el único ejemplar que de él se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin faltan dos páginas, las 289, recto y vuelto, que se han dejado en blanco en esta reproducción y que pertenecen al tercer diálogo. A pesar de esta carencia, puede decirse que el estado de conservación de la parte que aquí se reproduce es bastante bueno. Al sacar este libro a luz expresamos nuestro reconocimiento a la Biblioteca de la Universidad de Texas y a su directora, la doctora Laura Gutiérrez-Witt.